

EL CRIMEN DE CECILIA AZNAR

Madrid 9 de Febrero de 1903

LA VISTA DE HOY

5 céntimos

Edición extraordinaria del DIARIO UNIVERSAL

5 céntimos

Advertencia

Publicamos esta hoja extraordinaria para satisfacer la curiosidad pública, sin privar a nuestros habituales lectores del espacio que el DIARIO UNIVERSAL les debe en sus columnas, ni posponer asuntos de mayor importancia a una información precisa, pero poco grata.

Se vende suelta a cinco céntimos en las primeras horas de la noche.

Acompañar luego a nuestro número de hoy, cuyos compradores tienen derecho a recibirla gratis.

ANTES DE LA VISTA

Convenimos en que este proceso ha merecido de la Prensa los más grandes honores. El otro crimen de la calle de Fuencarral, que ha sido el de más interés para el público de cuantos registra la crónica judicial, no alcanzó tan grandes proporciones en la Prensa, ni produjo en la casa de la justicia tantas perturbaciones ni tantos disgustos.

En aquel famoso proceso, cuyo juicio oral empleó más de treinta sesiones, hubo sitio para todos. En el estrado pudieron acomodarse más de veinte abogados, además de los muchos que actuaban como defensores o acusadores, y en el sitio de la Prensa cada periódico tenía tres ó cuatro redactores y todavía quedaban huecos para algunas damas y para ilustres escritores que gustaban ver el espectáculo desde buen sitio, como, por ejemplo, la incomparable Clarita Lengua, que presenció varias sesiones entre los periodistas, y el insignificante Pérez Galdós, que hizo algunas cartillas para *El Correo* y muchos dibujos de la Higienda y de Varela. Y todavía quedaba sitio para el público.

Ahora en el mismo local se limita la entrada a todo el mundo; no se deja en el estrado a los abogados curiosos ni se da a los periódicos más de 20 puestos, cifra reducidísima para estos casos en que surgen a millares periódicos y periodistas, de cuya existencia sólo nos enteramos en los grandes acontecimientos.

Los periodistas han tenido que acudir nada menos que al ministro de Gracia y Justicia, y el Sr. Dato, que es muy amable con la Prensa, atendió sus quejas.

Entre bastidores

También estos espectáculos, dicho sea con el respeto que nos merecen las cosas de la justicia, tienen sus líos y sus miserias de bastidores.

En esta ocasión se han manifestado ciertas rivalidades entre el alto personal de la casa. Sobre el presidente de la Sección está el presidente de la Audiencia provincial, y sobre éste el de la territorial. Y donde hay tres presidentes es muy raro que haya un solo criterio. De ahí las dificultades con que ha tropezado la Prensa para entrar, y los aficionados y aficionadas para obtener papeletas.

Las diferencias de opinión respecto de si la vista ha de ser pública ó secreta no debían existir siendo tan clara la ley en este punto. Pero debajo de las togas, como de cualquiera otra vestidura, hay hombres de carne y hueso, con antagonismos y odios personales y con celos y envidias del oficio.

Son partidarios de la sesión secreta el presidente de la provincial y el de la territorial, los cuales ningún papel importante tienen que desempeñar en la vista. Y es partidario de que todo el mundo lo vea, el presidente de la Sección Sr. González del Alba, que está bien seguro de lucir en los debates su pericia y su elocuente palabra, y no le asusta, como a otros, el público y la crítica periodística.

Como el Sr. González del Alba opinan los abogados defensores, que, como jóvenes y ansiosos del aura popular, quieren que los vea y los oiga el público. Celebrar la vista en secreto sería matar sus más grandes ilusiones, destruir una obra colosal de esfuerzos para dar mayor relieve al crimen.

Desde las primeras horas de la noche pasada, había golfos alrededor de las Salas, con objeto de tomar posiciones buenas y vender los puestos después.

A las cuatro de la madrugada la fila era ya bastante extensa, y como el frío no ha sido extraordinario, podían esperar a pie firme, tomando con frecuencia tazas de café económico los especuladores de puestos.

Des cafeteros ambulantes corrían de un lado a otro para servir a los parroquianos, y todo esto ha dado gran animación a los alrededores de la Audiencia hasta las primeras horas de la mañana de hoy.

Salida de Iglesias y Garreta

Habíase dicho que Iglesias y Garreta saldrían de la Cárcel celular a las doce de la mañana, y así se lo notificaron a ellos mismos, pero esta orden se modificó después, y a las diez de la mañana presenté en las respectivas celulas un empleado diciéndoles que había llegado el momento de partir.

Los procesados arrojaron entonces apresuradamente, y a las diez y diez salían de la prisión en el coche celular, en cuyas inmediaciones no había curiosos.

A recoger a Cecilia

El coche partió con velocidad hacia la Cárcel de Mujeres con objeto de recoger a Cecilia.

En la calle de Quilones había unas 200 personas, mujeres en su mayoría, quienes aunque no sospechaban que la criminal pudiera salir tan temprano, habían hecho el propósito de esperar pacientemente desde las primeras horas de la mañana.

Una celadora presentó entonces a Cecilia y la dijo:

—Cuando usted quiera, Cecilia...
—Vámonos—replicó ésta, que se hallaba vestida desde mucho antes.

Visto por última vez al espejo, se atusó el pelo con las manos, y después de colocarse conjeturalmente las ondas de la mantilla, salió de su celda con paso firme.

Cecilia viste falda de marino negro, enaguas blancas bien almidonadas, que crujen al andar, chaqueta de terciopelo y mantón negro también, y mantilla del mismo color.

Al llegar a la puerta de la Cárcel bajó la cabeza para esquivar las curiosas miradas de un seto sube al coche y éste desaparece con vertiginosa rapidez.

Llegada a la Audiencia

Poco antes de las once llega el coche celular a la puerta de la Audiencia, no habiendo en la plaza mucho público.

Los que componen la fila, que se extiende alrededor de la verja por toda la calle del Marqués de la Ensenada, entran por referencia de que los presos han llegado; pero ninguno abandona su sitio con la esperanza de que van a venderlo a buen precio.

En lo alto de la plaza hay unas quinientas personas, más o menos chiquillos que vienen siguiendo al coche.

Primeramente se apean los guardias civiles Juan Vicente y Manuel Nieto Díaz, cuya custodia van los presos. De éstos la primera en bajar es Cecilia, quien penetra en seguida en el Palacio de Justicia acompañada de una celadora.

Después apease Iglesias, que viste traje de americana negro, sombrero hongo del mismo color, camisa con cuello de pajarita y corbata blanca y gaban gris.

Iglesias, al poner los pies en tierra, recuésase en el dintel de la puerta principal, como si acabara de sufrir un vahído.

Entonces una mujer de luto se arroja a él y le besa repetidas veces, cayéndose del bolsillo del gaban una tarjetera que aquél llevaba con el alfiler.

La joven enlutada, a quien acompaña un hombre de capa y hongo, recoge la tarjetera y después los dos desaparecen en un coche de punto.

Esa mujer enlutada es Ramona, la hermana de Iglesias, y el hombre que la acompaña es un fabricante catalán, amigo íntimo de ellos.

Tras de Iglesias baja Garreta, que viste como su compañero, con la diferencia de que lleva puesto un ruso color café.

Dentro del Palacio de Justicia

Ya dentro de la Audiencia, Cecilia es encerrada en el calabozo nuevo que está próximo a la sala donde va a celebrarse la vista.

EL PRESIDENTE DE LA SALA

El amable presidente de la sección de derecho, Sr. González del Alba, que en estos días no ha hecho sino dar facilidades a todo el mundo, no ha podido decirnos nada en concreto acerca de si las sesiones serán ó no secretas.

Por lo menos—dijo—creo que parte del juicio será a puerta cerrada. Ya saben ustedes que no soy solo en el Tribunal, y que las decisiones las hemos de tomar los tres que componemos la Sala.

Tampoco me es posible prejuzgar, porque la resolución será natural consecuencia de los sucesos.

Sorteo de papeletas

Verifícase a las once y media, en el Colegio de Abogados, el sorteo de las ocho papeletas destinadas a los letrados, correspondiendo en suerte a los Sres. Moreno, Montón, de Angulo, Curto, Bare, Quirós, Agudo y Raso.

Los comentarios en el Colegio eran de color subido. Se evocaban precedentes y se decía que nunca como en la ocasión presente fuera desconsiderada la clase de abogados.

El disgusto es general y grande.

Los fiscales sustitutos

También estos dignos funcionarios de la administración de justicia, preteridos en este caso, se quejaban con creces.

El teniente fiscal Sr. Mena ha hecho todo lo posible, aunque sin fruto, por proporcionarles sitio en la sala.

Defensores auxiliares

Las defensas de Cecilia e Iglesias han presentado escrito a la Sala pidiendo se designara para ayudarles en su misión a los letrados Sres. Pérez y García Luján y Alvarez, alegando su estado delicado de salud y la conveniencia de que en un caso de indisposición momentánea, no hubiera precisión de suspender el juicio.

EL ACUSADOR PRIVADO

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

EMPIEZA EL ACTO

A la una y media penetraron en la Sección primera los jurados y la representación de las partes, ocupando la presidencia el señor González del Alba y los magistrados señores García Díaz y González Valdés.

En la mesa de secretarios está el relator Sr. Valdés y el habilitado Sr. Ayllón.

A la derecha los defensores Sres. Aragón, Castillejos y Prieto Ureña, con los auxiliares Pérez García, Luján y Alvarez.

A la izquierda el fiscal Sr. Mena, con el auxiliar Sr. Enriquez.

Los procuradores ocupan un banco junto a las defensas.

En el estrado hay además ocho letrados con toga.

Entre una pareja de la Guardia civil llegan los procesados Garreta e Iglesias. Después aparece la Cecilia, trayendo en los brazos a su hijo. La procesada viste de negro, llevando a la cabeza una mantilla del mismo color, cubriendo sus hombros con un mantón de merino, también negro.

Cecilia cubre su rostro con la inocente careta de su hijo. El presidente ordena que le quiten la criatura, llevándosela un huésped.

Garreta e Iglesias llevan trajes de americana negra y gaban de veneno.

El presidente pronuncia la frase de ritual: "Audiencia pública, y comienza la vista, ordenándose la lectura de los artículos de la ley del Jurado referentes a la constitución del Tribunal."

El público

Comienza a entrar atropelladamente. Los huérfanos y los obligados a realizar esfuerzos para mantener el orden.

Muchas señoras logran asiento en los primeros lugares.

En el anteestrado, al lado de los pupitres de los periodistas, vemos a varias personas conocidas en Madrid.

El presidente comienza a dar lectura a la lista de los jurados de entre los cuales han de ser elegidos los llamados a juzgar a Cecilia.

Sorteo

Procédese a esta operación, resultando nombrados:

D. Francisco Moreno Florín.

LOS COCHEROS

El fiscal recusa todos los de la lista hasta los catorce últimos.

D. Pablo Ruiz Gutiérrez, D. Daniel Berenguer, D. Francisco Peláez Verde, D. Hipólito Sánchez de la Peña, D. Domingo Zulueta, don Cándido Hernández, D. Teófilo González Puente, D. Ricardo Marcos Banzú, D. Antonio García Sanz, D. Benito Collán, D. Roque Barcia de Campo.

Suplentes: D. Ramón Sanz Ramos y D. Emilio Martínez Fuentes.

Estos señores, con el primeramente nombrado, han quedado constituyendo el Tribunal.

Pronuncia el presidente la frase sacramental de juramento, y los jurados, de consue-

La Cecilia—Salida del calabozo. Escena terrible

Llegado el momento de la vista, Cecilia abandona su calabozo.

Al aparecer en el pasillo, su cuñado le entrega a su hijo, hermoso niño de dos años. Cecilia besa a la criatura muchas veces, y en brazos se la lleva hasta la puerta de la sala.

El niño va llorando, con su careta recostada en el hombro de la madre. Cecilia, si está emocionada, lo disimula bien.

Al pasar Cecilia por delante de su anciana madre, ésta infeliz sufre un síncope, siendo auxiliada por varias personas que se encuentran allí.

Al llegar Cecilia a la puerta del estrado devuelve a su hijo y penetra. El niño, que viste delantalito blanco y negro y gorra de marinero, rompe a llorar amargamente. La escena es terrible.

Decepción

La decepción que han sufrido cuantos soñaban con vender los puestos, ha sido mortuorocada.

El público no ha podido entrar, porque la sala ya estaba llena por los que llevaban tarjeta.

Antes de empezar

Muchas personas había en los pasillos de la Audiencia desde las once de la mañana. Reflejos y distinguidas señoras en cal-

salían en la escalía, sala de abogados y en la relatoria. Pedían tarjetas para penetrar en la sala, salvoconductos que les permitieran presenciar las escenas de la vista. Lo reducido del local y la actitud en que se han colocado algunos influyentes señores togados, hacía imposible acceder a tanta demanda.

A las doce estaban ya en el Palacio de Justicia todas las personas llamadas a intervenir en este ruidoso proceso.

La madre de la Cecilia y la ciudad esperaban a la puerta del público la hora del comienzo de la sesión.

Francisco Fuentes, el ex novio de la criminal, futuro marido de Emilia Aznar, estaba entre los testigos.

Una vez más hemos hablado con acusadores y defensores. Están todos animados de los propósitos que ayer les atribuimos, y muestran seguridad en sacar a flote sus pretensiones.

El amable presidente de la sección de derecho, Sr. González del Alba, que en estos días no ha hecho sino dar facilidades a todo el mundo, no ha podido decirnos nada en concreto acerca de si las sesiones serán ó no secretas.

Por lo menos—dijo—creo que parte del juicio será a puerta cerrada. Ya saben ustedes que no soy solo en el Tribunal, y que las decisiones las hemos de tomar los tres que componemos la Sala.

Tampoco me es posible prejuzgar, porque la resolución será natural consecuencia de los sucesos.

Sorteo de papeletas

Verifícase a las once y media, en el Colegio de Abogados, el sorteo de las ocho papeletas destinadas a los letrados, correspondiendo en suerte a los Sres. Moreno, Montón, de Angulo, Curto, Bare, Quirós, Agudo y Raso.

Los comentarios en el Colegio eran de color subido. Se evocaban precedentes y se decía que nunca como en la ocasión presente fuera desconsiderada la clase de abogados.

El disgusto es general y grande.

Los fiscales sustitutos

También estos dignos funcionarios de la administración de justicia, preteridos en este caso, se quejaban con creces.

El teniente fiscal Sr. Mena ha hecho todo lo posible, aunque sin fruto, por proporcionarles sitio en la sala.

Defensores auxiliares

Las defensas de Cecilia e Iglesias han presentado escrito a la Sala pidiendo se designara para ayudarles en su misión a los letrados Sres. Pérez y García Luján y Alvarez, alegando su estado delicado de salud y la conveniencia de que en un caso de indisposición momentánea, no hubiera precisión de suspender el juicio.

EL ACUSADOR PRIVADO

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

EMPIEZA EL ACTO

A la una y media penetraron en la Sección primera los jurados y la representación de las partes, ocupando la presidencia el señor González del Alba y los magistrados señores García Díaz y González Valdés.

En la mesa de secretarios está el relator Sr. Valdés y el habilitado Sr. Ayllón.

A la derecha los defensores Sres. Aragón, Castillejos y Prieto Ureña, con los auxiliares Pérez García, Luján y Alvarez.

A la izquierda el fiscal Sr. Mena, con el auxiliar Sr. Enriquez.

Los procuradores ocupan un banco junto a las defensas.

En el estrado hay además ocho letrados con toga.

Entre una pareja de la Guardia civil llegan los procesados Garreta e Iglesias. Después aparece la Cecilia, trayendo en los brazos a su hijo. La procesada viste de negro, llevando a la cabeza una mantilla del mismo color, cubriendo sus hombros con un mantón de merino, también negro.

Cecilia cubre su rostro con la inocente careta de su hijo. El presidente ordena que le quiten la criatura, llevándosela un huésped.

Garreta e Iglesias llevan trajes de americana negra y gaban de veneno.

El presidente pronuncia la frase de ritual: "Audiencia pública, y comienza la vista, ordenándose la lectura de los artículos de la ley del Jurado referentes a la constitución del Tribunal."

El público

Comienza a entrar atropelladamente. Los huérfanos y los obligados a realizar esfuerzos para mantener el orden.

Muchas señoras logran asiento en los primeros lugares.

En el anteestrado, al lado de los pupitres de los periodistas, vemos a varias personas conocidas en Madrid.

El presidente comienza a dar lectura a la lista de los jurados de entre los cuales han de ser elegidos los llamados a juzgar a Cecilia.

Sorteo

Procédese a esta operación, resultando nombrados:

D. Francisco Moreno Florín.

LOS COCHEROS

El fiscal recusa todos los de la lista hasta los catorce últimos.

D. Pablo Ruiz Gutiérrez, D. Daniel Berenguer, D. Francisco Peláez Verde, D. Hipólito Sánchez de la Peña, D. Domingo Zulueta, don Cándido Hernández, D. Teófilo González Puente, D. Ricardo Marcos Banzú, D. Antonio García Sanz, D. Benito Collán, D. Roque Barcia de Campo.

Suplentes: D. Ramón Sanz Ramos y D. Emilio Martínez Fuentes.

Estos señores, con el primeramente nombrado, han quedado constituyendo el Tribunal.

Pronuncia el presidente la frase sacramental de juramento, y los jurados, de consue-

La Cecilia—Salida del calabozo. Escena terrible

Llegado el momento de la vista, Cecilia abandona su calabozo.

Al aparecer en el pasillo, su cuñado le entrega a su hijo, hermoso niño de dos años. Cecilia besa a la criatura muchas veces, y en brazos se la lleva hasta la puerta de la sala.

El niño va llorando, con su careta recostada en el hombro de la madre. Cecilia, si está emocionada, lo disimula bien.

Al pasar Cecilia por delante de su anciana madre, ésta infeliz sufre un síncope, siendo auxiliada por varias personas que se encuentran allí.

Al llegar Cecilia a la puerta del estrado devuelve a su hijo y penetra. El niño, que viste delantalito blanco y negro y gorra de marinero, rompe a llorar amargamente. La escena es terrible.

Decepción

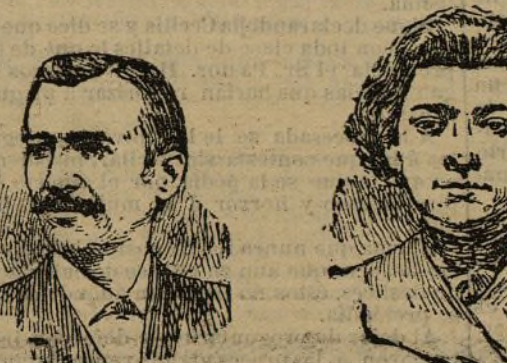
La decepción que han sufrido cuantos soñaban con vender los puestos, ha sido mortuorocada.

El público no ha podido entrar, porque la sala ya estaba llena por los que llevaban tarjeta.

Antes de empezar

Muchas personas había en los pasillos de la Audiencia desde las once de la mañana. Reflejos y distinguidas señoras en cal-

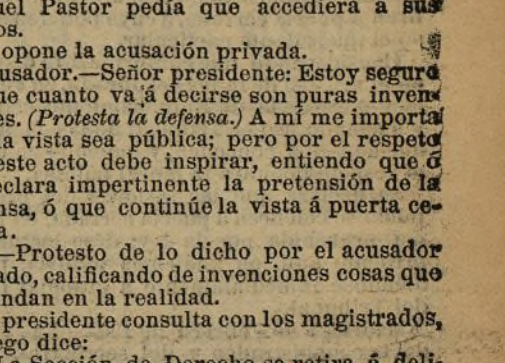
LOS ENCUBRIDORES



FRANCISCO GARRETA



EULALIA ESPLUGAR, ESPOSA DE GARRETA



JAIME IGLESIAS

dos, se acercan a la mesa, y poniendo la mano sobre los Evangelios, juran.

El apuntamiento

El habilitado Sr. Ayllón da cuenta de los hechos que se persiguen leyendo las diligencias sumariales en su parte sustancial y las conclusiones de acusaciones y defensas.

Estas son las mismas que en nuestro número de ayer publicamos, apreciando los acusadores un delito complejo de robo, con ocasión del cual resultó homicidio, con la agravante de alevosía, nocturnidad, abuso de confianza y ejecución del hecho en la morada del ofendido.

La nocturnidad la estima el acusador privado, y el abuso de confianza el Ministerio fiscal.

Piden la pena de muerte para la procesada.

Califican a Garreta e Iglesias de encubridores, pidiendo la pena de ocho años y un día de prisión.

La defensa de Cecilia dice que cometió el delito en un momento de enajenación mental. Los abogados de Garreta e Iglesias sostienen que son irresponsables sus patrocinados, por no saber cuando conocieron a Cecilia que era la autora del crimen de la calle de Fuencarral.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

DECLARA CECILIA

Al final del relato, se levanta la Cecilia a prestar declaración.

En la sala prodúcese un movimiento de expectación. Todas las miradas se fijan en la procesada con insistente curiosidad.

El Sr. González del Alba exhorta a Cecilia a decir la verdad.

El fiscal Sr. Mena comienza el interrogatorio.

alhajas, cuyo importe no recuerda, y la idea de cambiar de peinado.

F.—¿Usted pensó en ir a Londres?

C.—A Londres quería ir.

F.—¿Y prometió Garreta acompañarla?

C.—No.

F.—¿Por qué le dio tanto dinero?

C.—Pues porque me lo pidió.

El acusador privado Sr. Zabala.—Ha dicho la procesada que con un zapato suyo le dio varios golpes; ¿qué fue del zapato?

C.—Lo extravié en Barcelona, donde compré otros nuevos.

A.—¿Cómo estaba el muerto cuando le dio los golpes?

C.—Al primero en pie y luego acostado, porque los dos rodábamos por la cama.

A.—En la lucha, ¿intentó huir?

C.—Sí.

A.—¿Grító?

C.—Le grité que me dejara.

A.—Pero no pidió auxilio.

En dónde tenía costumbre de planchar?

C.—En la cocina, mas aquel día estaba la plancha en una mesilla en el gabinete, porque el anterior me mandó que planchase en su cuarto.

A.—¿Contó usted a la Rosario, su compañera en casa de Pastor, los deseos que éste tenía cerca de usted?

C.—Le dije que me pedía cosas muy feas, ocultándole en qué consistían.

Continúa preguntando el acusador privado acerca del detalle referente a la vida que hacía con el difunto.

Declara Cecilia que comía mal, pues tomaba al medio día una pastilla de chocolate y por la noche unos fiambreros.

A.—¿Con qué propósito escribió la carta firmada en Barcelona y dirigida a la port

El auto

Audiencia provincial, señores de la Sección tercera. D. Primitivo González del Alba, don Eduardo García Díaz, D. Luis González Valdés.

Resultando que en el acto de prestar declaración la procesada Cecilia Aznar, y contestando al interrogatorio de su letrado defensor, se ha manifestado por éste la necesidad de formular preguntas que, por las contestaciones a las mismas, pudiera obtenerse la moral y buenas costumbres, lo hacia presente al Tribunal para que resolviese lo procedente en vista de cuyas manifestaciones el representante del Ministerio fiscal interesó que las sesiones del presente juicio se celebrasen a puerta cerrada, a cuya petición se opuso el querrelante particular.

Considerando que conforme a lo dispuesto en el art. 103 de la ley del Jurado, en relación con el 680 de la de Enjuiciamiento criminal, y haciendo uso del Tribunal de las facultades que aquéllos conceden, y teniendo en cuenta el respeto debido a la moral pública.

Se declara que las sesiones del presente juicio se celebren a puerta cerrada, en la forma prevenida por la ley, dándose lectura del presente auto en audiencia pública, procediéndose inmediatamente a desahogar la sala del Tribunal.

Madrid, 9 de Febrero de 1903.—Las firmas de los magistrados y del secretario, señor Aylón.

EN LOS PASILLOS

La madre de Cecilia se desmaya

La madre de la Cecilia, que había asistido a la primera parte de la sesión de esta tarde momentos después de decretada la vista secreta, fué presa de un síncope en uno de los pasillos de la Audiencia.

Se la condujo entre varias personas a una habitación en el Colegio de Abogados, recordando allí el conocimiento merecido a los auxilios que se la prestaron.

La acompaña una criada de la diligencia, que lleva en los brazos un niño de pecho y el hijo de la Cecilia.

Nos ha dicho la desgraciada mujer que se siente sin fuerzas con las emociones recibidas desde su llegada a Madrid; que el acto de hoy la ha impresionado grandemente y que teme por la vida de su hija.

—¡Dios ablande los corazones de sus jueces!— exclamaba sollozando.

Hablando con los testigos

Mientras el juicio sigue a puerta cerrada nuestros redactores hablan en el pasillo con los testigos que, sentados en un banco junto a la puerta de la sala, están aguardando la hora en que el Tribunal se sirva llamarlos.

—Vimos a Eulalia Espluga, a Rosario Gómez y a Francisca Sánchez, y nos dirigimos a ellas.

La mujer de Garreta ha mejorado mucho desde que salió de Madrid, y puede decirse que está muy guapa.

Al hacerle esta observación dijeron que, en efecto, había engordado mucho en estos últimos meses, no obstante la situación de ánimo en que se encuentra desde que fué procesado su esposo.

Hay que declarar, en honor de la verdad, que los retratos que de la Eulalia se han publicado ofrecen muy poca semejanza con el original, puesto que en aquellos aparece delgada y de facciones angulosas, siendo así que es una mujer joven, de buenas carnes y de rostro animado y gracioso.

Como le hicieramos notar esta circunstancia, explicónos el motivo, que no deja de ser curioso.

Dice la esposa de Garreta, que cuando detenidos en el Havre, se hicieron las fotografías, obligóles el ómnibus que estaba presente a que se desahogaran y se desahogaron de las ganas de las prendas de ropa que no eran de

su ordinario uso, y que en estas condiciones no es de extrañar que apareciera en los retratos con un aspecto muy distinto del que tienen, cuando se encuentran afeitados y bien vestidos, como es, como todo el mundo acostumbra a hacerse retratar.

Hablamos de la causa manifestándonos la intranquilidad en que vive desde que ha llegado a Madrid; al contrario de lo que ocurría en Barcelona, donde todos aseguraban que su esposo saldría libre; la opinión de cuántas personas ha consultado en la corte es totalmente contraria a esta creencia.

—Que la Cecilia, ateniéndose a la verdad, no podrá decir que Garreta conociera sus criminales antecedentes, y asegura que, conociendo a su marido como lo conoce, no lo cree capaz de haber envenenado a sabiendas a la procesada.

Eulalia, que desde que se fué a Barcelona vivía con su madre de los productos de un establecimiento de vinos que poseían en la capital de Cataluña, nos ha manifestado también que se ha visto precisada a traspassarlo a un pariente, por no tener, ni ella ni su madre, carácter a propósito para atenderlo.

Rosario Gómez

Hablamos también con Rosario Gómez, quien nos ha asegurado que lo que se ha dicho de que no pensara venir carece en absoluto de exactitud, como lo demuestra el hecho de que la primera noticia publicada en los periódicos la conoció ella, encontrándose ya en camino, y algunos la han dado cuando Rosario estaba en Madrid.

Desde que salió de la corte, pocos días después de cometido el crimen, Rosario ha vivido de la costura, y se lamenta de que este enojoso asunto que, dado su carácter, le ocasiona un disgusto y una preocupación constantes, la obligue además a desembolsar los escasos medios de que vive no le permitan.

Preguntábase si la indemnizarían de los gastos de viaje y estancia en Madrid que le han de hacer, y como respondieramos que la Sala tiene esta obligación, quedó algo más tranquila.

Asegura que cuanto manifestó en el sumario respecto del crimen es lo que dirá ante la Audiencia; pues ni omitió detalle ni desfiguró en lo más mínimo la verdad. Teme que la careen con la procesada, pues cree que esto le producirá tal emoción que no acertará si quiera a explicarse; tal es el horror que el crimen y cuanto con él se relaciona causa en su ánimo.

Francisca Sánchez

De lo que nos manifesté, sólo debemos hacer constar que nada nuevo puede añadir ante los jueces, puesto que lo declaró por ella ante el de instrucción es cuanto sabe del suceso.

Lamentase también de que las sesiones del juicio la perjudiquen en sus intereses, obligándola, no solamente a dejar incumplido su trabajo, sino a no poder ayudar al sostenimiento de la familia, sino a pagar a otra persona que cuide de la portería el tiempo que ella falta para asistir al juicio.

El comerciante de las blusas

Dijimos que, no obstante no conocer a la Cecilia cuando se presentó en su establecimiento a comprar las prendas de que tanto se ha hablado después, ahora la recorda perfectamente, porque le llamó la atención, no sólo la abundancia de la compra y las condiciones de esplendidez en que la hizo, sino, en primer lugar, por el aspecto de la compradora, que parecía estar en contradicción con su desahogado.

Añadía que si no fuera tan frecuente encontrar entre cierta clase de mujeres tantas apariencias ordinarias, hubiera supuesto que se trataba de una sirvienta, pero que lo grande y lujoso del pedido que hacía hizo creer que se trataba de una de esas mujeres poco escrupulosas que comercian con el vicio.

Por esto, no dió importancia al caso hasta que, después, leyendo los periódicos, sospechó que la rara compradora pudiera ser la criminal que con tanto empeño se buscaba.

A PUERTA CERRADA

Libre la sala de público, periodistas, abogados y demás personas ajenas a la causa, continúa el juicio.

Llegan hasta nosotros noticias, en forma verdaderamente milagrosa, de lo que pasa en la sala.

La situación de los periodistas que, por una u otra causa, no hemos podido continuar presenciando de cerca los sucesos, resulta difícilísima.

Sigue declarando la Cecilia y se dice que explica con toda clase de detalles lo que de ella pretendía el Sr. Pastor. Hasta nosotros llegan noticias que harían corroborar a un guardacantón.

A la procesada se le hacen varias preguntas a las que contesta sin vacilar, insistiendo en que lo que se le pedía por el muerto inspiraría asco y horror a la mujer más perdida.

Afirma que nunca fué de costumbres licenciosas, pero que aun en el caso de haber tenido deslices, éstos no llegarían adonde de ella se pretendía.

Al dejar de preguntarle su defensor, interrogaron a la procesada los representantes de Garreta e Iglesias.

Dice que no sabían fuera ella la criminal perseguida por la muerte del Sr. Pastor.

No recuerda si Iglesias rompió la carta que escribió a la portera y si escribió otra en su lugar.

Iglesias no estaba presente cuando se quemaron las cajas, insistiendo en que Garreta recibió de ella 300 francos.

Luego se le puso de manifiesto la plancha con que comió el crimen, reconociéndola, y respondió a otras preguntas desprovistas de interés.

Nos aseguran, y esto no podemos sostenerlo nosotros, que el acusador privado se detuvo al preguntar qué efectos tenía Cecilia cuando sufría determinada dolencia.

—Me pongo muy mala. Mareos fortísimos me privan del sentido; siento impulsos extraños, y sobre todo, lo corriente es que pierda la memoria.

—¿Eso impulsos la sugieren la idea de matar?—

—No.

Concluye la declaración de la Cecilia.

Esta vuelve a sentarse en el banquillo. Está sosegada y tranquila. Maravilla que esta mujer no se haya fatigado después de una declaración de más de dos horas. Revela una brutal resistencia, que una vez más pone de relieve sus condiciones de espíritu.

A las cuatro y diez cesa la declaración.

Declara Garreta

Antes de prestar declaración abandona con desenvoltura el gabán que viste, sin duda para que no le dificulte en la labor que prepara.

Garreta no tropieza nada al hablar; expone con cierta galanura y sin inmutarse. Le interroga en primer término el representante de la ley.

Fiscal.—¿Cómo conoció usted a Cecilia Aznar?

Garreta.—Por el oficio a que me dedicaba. Cuando llegó a Barcelona la procesada, le ofrecí fuera a alojarse en la fonda donde yo servía.

Después la acompañamos Iglesias y yo, porque nos dijo que desconocía la ciudad. Ignorábamos todos, incluso los dueños de la fonda, que fuera la autora del crimen de la calle de Fuencaural.

De este suceso tuvo conocimiento en la Rambla cuando lo leí en *El Liberal*.

Sospechando de Cecilia, le preguntamos y

nos contestó con tal naturalidad, que alejó de nosotros toda duda.

Cecilia llevaba sólo una caja rota.

En mi casa vació lo que esa caja contenía, quedándose los cartones.

En el comedor estuvimos reunidos con mi mujer.

En esta pieza de mi casa había muchas cacerachas, y yo dije a Cecilia, que mostró repugnancia:

—¿Cómo verá cómo hago con ellas fuegos artificiales?—

Como todo el día aquel había sido de fiesta, yo me encontraba embriagado.

He visto la pata que llevaba Cecilia, pero no sé dónde guardó las alhajas.

Sabía que en esa pata, que por cierto era muy sucia, llevaba dinero. Yo le recomendé que se deshiciera de ella, como así lo hizo al llegar a la calle.

Un carreo

Nota el Sr. Mena, fiscal, que existe manifestación contradictoria entre lo afirmado por Garreta y lo que Cecilia declaró en el sumario.

—¿La verdad se esclarezca, solicita de la Sala que se celebre un carreo entre los dos acusados.

El defensor de Garreta, Sr. Castillejos, opone a la pretensión, entendiendo que no hace falta el carreo, por estar los hechos muy claros.

La Sala resuelve de acuerdo con el fiscal, levantándose la procesada y entablándose un diálogo entre ella y el declarante, después del cual, y habiendo llegado a ponerse de acuerdo, cesa el carreo.

Garreta niega que supiese cuánto dinero llevaba la Cecilia, pues él mismo lo contó, separando los billetes franceses de los españoles.

—Yo no tuve tratos ilícitos con la acusada. Si algo he dicho ha sido por darme tono. Pero, la verdad es que no existieron entre ella y yo más que relaciones de amistad.

El acusado privado le pregunta si acostumbra a tratar con dureza a su esposa, Eulalia Espluga, respondiendo que sí.

El abogado de Garreta protesta de que se haya formulado esa pregunta, ajena en un todo a la causa.

También dice Garreta que regaló Cecilia una sombrilla a su esposa; que cuando estaba la procesada en su casa no se asomaba al balcón, porque se lo había prohibido, con el objeto de que no hubiera habladurías en la vecindad ni se la tuviera por una mujer de mala vida.

Cecilia hablaba con acento valenciano muy marcado. Por eso la creímos cuando nos aseguró que no era ella la que nosotros sospechábamos.

A preguntas de su defensor dijo que antes de conocer a la que es causa de que hoy ocupe un lugar en el banco de los acusados, cuando dejó a Barcelona lo hizo públicamente y avisando a todos sus amigos.

Las defensas de Cecilia e Iglesias han hecho preguntas de escaso interés.

Al finalizar esta declaración de Garreta, el Tribunal, notando cansancio en los acusados, acordó suspender la sesión por unos minutos.

Declaración de Iglesias

Después de quince minutos de descanso, se reanuda la sesión.

Declara Iglesias. Su presencia es agradable y su voz simpática. Habla correctamente, revelando gran sinceridad en cuanto dice.

Cuenta que nunca supo, hasta el momento de la detención, quién era Cecilia.

—Si lo hubiera sabido me guardaría bien de ser su acompañante. Antes al contrario, la delataría.

La Cecilia, que simpatizó conmigo, me preguntó cuánto ganaba en el hotel. Yo le dije que 30 duros, y ella entonces me propuso que

fuera su secretario y que la acompañase a Valencia a donde quería ir.

Yo no acepté.

Es falso que haya mantenido con la Cecilia relaciones amorosas. Si lo dije, pero fué por darme importancia ante el hijo del dueño de la fonda.

Me regaló la matadora de Pastor un reloj de oro, pero ninguna cantidad de dinero.

Describe los paseos en compañía de Cecilia por las calles de Barcelona, no pareciendo, por el tono en que se expresa, decir mentira.

El fiscal observa que existe contradicción entre algunas manifestaciones del declarante y lo dicho anteriormente en el sumario. Pide la lectura de lo consignado en el sumario.

Iglesias, adelantándose a la lectura, pretende explicar las contradicciones.

El presidente le hace callar.

—Desde que en la estación de Sans hizo usted a Cecilia el ofrecimiento del hospedaje en la fonda de que era corredor, estuvo siempre con ella hasta que salió para Puigcerdá.

—Siempre no, pero muchas veces.

Esperando el final

A las seis de la tarde había en los alrededores del Palacio de Justicia más de cuatro mil almas.

Parejas de la benemérita a caballo han conseguido dejar un gran trozo expedito delante de la Audiencia con objeto de que la salida sea fácil.

Los diálogos que hemos escuchado en el plaza de las Salas reflejan el estado de la opinión en este asunto.

Cuántas personas hablaban hoy del crimen en aquellos alrededores condenaban a Cecilia por su horrible crimen y por la tranquilidad que aquella ha demostrado siempre.

—No la matarán—exclamaban muchos.

—Se lo merece—replicaban algunas mujeres.

—Pero tiene un hijo...

Y, en efecto, esa criatura libra a su madre del odio popular.

La familia de Cecilia

A las seis de la tarde se entera la familia de Cecilia de que ésta va a pasar la noche en la Audiencia, y se retira de allí.

Algunos dicen al verlos:

—¡Ahí va la madre y el hijo!

Y un grupo numeroso de mujeres rodea a la anciana madre, que lleva en sus brazos el hijo de Cecilia, besando a la criaturita, para quien todo son elogios.

—Qué hermosa es!—gritan unas.

—¡Lástima de hijo!—exclaman otras.

Y la pobre vieja, el ex novio de Cecilia y los cuñados de ésta, toman un coche de punto en la calle de Doña Bárbara de Braganza, alejándose de aquellos sitios, mientras muchas mujeres del pueblo lloran conmovidas por la anterior escena.

DIARIO UNIVERSAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	UN MES	TRIMESTRE	SEMIESTRE	UN AÑO
En Madrid.....	1	3	6	12
Provincias.....	2	5	10	20
Gibraltar.....	2	5	10	20
Portugal.....	3	6	12	20
Unión Postal.....	3	10	20	40
Demás países.....	3	15	30	60

El pago de la suscripción es adelantado. Debe hacerse en metálico, libranza ó letra de fácil cobro.

La Administración de este periódico no gira a suscriptores ni correspondientes. Toda suscripción no renovada oportunamente dejará de ser servida sin más que un aviso.

Los suscriptores de provincias que lo sean

por un año tienen derecho a ventajitas que ningún otro periódico puede ofrecerles.

El DIARIO UNIVERSAL envía números de muestra gratis a cuantas personas los soliciten.

TOROS Y TOREROS

PARA COCHERITO Y MAZZANTINO

Maj, muy mal habéis empezado la campaña del año actual, y ha sido una desgracia grande la que han sufrido vuestros apasionados.

—¿Ni me ha sorprendido, y sólo esperaba que un arriero extraordinario se hiciera llevar a cabo faenas que os levantarán algo en el ánimo de la afición.

Pienso Cochero ser matador de alternativa pronto, y debe desistirse de tales proyectos si no ha de hacer más que lo que ya ha hecho, y no de nobles y que se debían toros; porque si alguna afición presentara a última hora, excepción hecha del quinto, las ocasiona la falta de pericia de los peones y del mismo espada.

Los toros no se matan sino con espadas grandes, y no podrá jamás ganar una ovación matando si sigue dando medias lencidas por no llevar bien la mano izquierda, por creer que así no le ven los toros y por no llegar, por no seguir el viaje.

—¿Así no se puede ser matador de toros y caer en el montón indefectiblemente?

Hizo Mazzantino creer el verano último que en el había matador de matador de toros, y en la novillada última ha dado un paso hacia atrás, que difícilmente volverá a recuperarle.

Las cosas deben decirse claras. Tomás Alarcón tiene miedo al entrar a matar; así se deben decir las cosas. Y nos parece insostenible quien, como él, descubrió una facilidad extraordinaria para ver los morrillos y dar astucias de derecha.

Tirándose de lejos y yéndose al entrar, se perdona en muy poco tiempo lo que se había adelantado, y llegamos a donde estamos hace dos años a los pueblos en que se lidian morichos sin picadores por cinco duros.

No lo agradeceré esto, pero el que le diga lo contrario no le quiero bien.

Un toro como el de Benafuentes, bravo como poco y noble como un boricón, no se le vuelve a poner delante, y, sin embargo, murió asesinado.

Con los respetos debidos, diré a ambos que tal cosa se presentaron en la última corrida, son dos esperanzas frustradas por completo, con las que ninguna Empresa hallará defensa alguna, y en tres tardes así, puede el uno pensar en el pecante y el otro en algo que le proporcione la subsistencia, pues con los toros no ganarán más que lo que merecen.

¡Ojalá pueda decir a ustedes lo contrario dentro de pocos días, que yo seré el primero en alegrarme!

DULZURAS.

THE BERLITZ SCHOOL OF LANGUAGES

ENSEÑANZA PRÁCTICA DE LENGUAS VIVAS

Paris, 1900. Dos medallas de Oro

150 sucursales en Europa

PRECIADOS, 5, PRAL. MADRID

BARCELONA: Rambla de las Flores, 17.

SEVILLA: Méndez Núñez, 19.

VALENCIA: Pintor Sorolla, 11.

BILBAO: Góngora, 10.

CARTAGENA: Calle Juan 2.

VIGO, CORUÑA, LISBOA, OPORTO.

IMPRESA DEL DIARIO UNIVERSAL

Consejos utilísimos á los herniados



Las personas herniadas viven en un constante peligro y acostumbran a llevar una vida enfermiza si no usan un aparato perfectamente apropiado para las hernias que padecen. Un braguero impropio es un enemigo para el herniado.

Para evitar complicaciones y peligros es preciso:

- 1.º Tener la hernia exactamente reducida.
- 2.º Usar un braguero construido científicamente y que no lesione las partes sobre las cuales está aplicado.
- 3.º La pelota del braguero debe comprimir con suavidad la abertura de la hernia, manteniéndola constantemente reducida, resistiendo la natural impulsión de las vísceras ó entrañas que se alojan en el vientre.
- 4.º La pelota del braguero debe ser fabricada de materiales que fengan la propiedad de dar fuerza contráctil y tono á las partes relajadas.
- 5.º Es preciso que la pelota del braguero permanezca constantemente fija en un sitio, sin ladearse y sin subir ni bajar.
- 6.º Es necesario que el braguero contenga las partes herniadas cuando el enfermo tosa, cuando anda, cuando se inclina hacia delante y aunque haga fuerzas en cuclillas.

INSTITUTO MODERNO.-Plaza de Santa Ana, núm. 10, principal, MADRID

Folleto explicativos gratis á todo el mundo

NUESTRA NOVELA DIARIA

El secreto de Chalusse

POR GABRIAU

poner la casa en orden para cuando vinieran los otros, todavía medio dormido.

Cierto es que mis años me recompensaban á su manera.

Me llevaban al campo los domingos, según decían para que descansara de las fatigas de la semana.

Yo iba detrás de ellos, á lo largo del camino de Saint Mandé, llena de polvo, dándome el sol de plano y sudando, con los paraguas por si acaso llovía y cargada con un cesto enorme de provisiones, que comían sobre la hierba en el bosque, y de las cuales me dejaban las sobras.

El hermano de mi ama era á menudo de la partida. Su nombre no se borrará nunca de mi memoria; se llamaba Vantrason.

Era un hombre, grande y robusto, cuyos ojos me hacían temblar cuando me miraba fijamente mientras se atusaba el bigote.

Era militar, sumamente orgulloso de su uniforme, insolente, charlatán y muy pagado de sí propio. Se creía un hombre irresistible.

De su boca ó de la primera palabra grosera que me ofendía mi ignorancia. Pero no debía ser aquella la última.

Había dicho que la chica le gustaba y tuve que quejarme á la señora Greloux de la obsesión de su hermano. Rióse ella de mi diciendo:

Por fortuna y para guardarme, tenía yo ese orgullo que tan á menudo me habían echado en cara. Mi condición era bien humilde, pero mi corazón estaba muy alto y ya mi persona me parecía tan sagrada como un altar.

Fué un día de Dios este orgullo, pues á él debo no haber caído en tentación, viendo sucumbir á tantas alrededor mío.

Vivía yo con las otras aprendizas, fuera de la habitación de los amos, en las bohardillas. Es decir, que al terminar el trabajo y cerrarse el taller, quedábamos libres, abandonadas á nuestros instintos, entregadas á las influencias más perniciosas y á las más detestables inspiraciones.

No faltaban ni consejos ni malos ejemplos. Las operarias del taller no tenían ningún miramiento delante de nosotras. Había pugna por quién de ellas deslumbraría á las pequeñas con sus maravillosos relatos.

No era esto, ni maldad por su parte, ni cálculo, sino simplemente carencia absoluta de sentido moral y á veces pura fanfarronada.

No terminaban nunca de referirnos todas aquellas cosas que, á su juicio, hacen la felicidad de la existencia, las invitaciones á celebrar las excusiones en Joinville-le-Pont, los bailes de máscaras en Montparnasse ó en el Eliseo Montmartre.

¡Ah! ¡Cuánto se aprende en los talleres! La había que al salir del trabajo la vispera, iban con el vestido hecho girones y los zapatos hechos pedazos, y al día siguiente volvían elegantemente vestidas, para decir que podían reemplazarlas, pues que no estaban ellas hechas para el trabajo y querían ser señoras.

No faltaban ni consejos ni malos ejemplos. Las operarias del taller no tenían ningún miramiento delante de nosotras. Había pugna por quién de ellas deslumbraría á las pequeñas con sus maravillosos relatos.

No era esto, ni maldad por su parte, ni cálculo, sino simplemente carencia absoluta de sentido moral y á veces pura fanfarronada.

No terminaban nunca de referirnos todas aquellas cosas que, á su juicio, hacen la felicidad de la existencia, las invitaciones á celebrar las excusiones en Joinville-le-Pont, los bailes de máscaras en Montparnasse ó en el Eliseo Montmartre.

¡Ah! ¡Cuánto se aprende en los talleres! La había que al salir del trabajo la vispera, iban con el vestido hecho girones y los zapatos hechos pedazos, y al día siguiente volvían elegantemente vestidas, para decir que podían reemplazarlas, pues que no estaban ellas hechas para el trabajo y querían ser señoras.

Si de algo podía extrañarse, era de que la joven que se hallaba ante él, abandonada y desamparada, hubiera tenido la suficiente energía para escapar á tantos peligros.

Margarita no tardó en recobrar el dominio de sí misma, agitando la pesadade que iba apoderándose de su cerebro.

No debo agradecer mis méritos, caballero—replicó.—A más de mi orgullo, contaba para sostenerme con un propósito, al cual me he asido con la tenacidad del desesperado.

Quiera llegar á ser la primera entre las aprendizas, sabiendo que las obreras que consiguen esto son muy buscadas y pagadas más que las otras.

Así, pues, y continuando haciendo de criada, hallaba medio de tener el tiempo necesario para aprender pronto y bien con objeto de sorprender á mi amo.

Sabía que llegaría á ganar entre cinco y seis francos diarios, y con ellos me arreglaría para el porvenir una existencia cuyas perspectivas borraron lo que á veces tenía de intolerable el presente.

Tantos y tan urgentes fueron los pedidos que tuvo mi amo en el último invierno que pasó en su casa, que trabajábamos hasta los domingos.

En el verano, y cada quince días, me concedía una hora para que fuese al Asilo á ver á las hermanas que me habían educado.

Nunca falté á este deber, pero últimamente su cumplimiento me causaba la más grande alegría.

Era que mi patrón me pagaba un pequeño suplemento por el exceso de trabajo, y todas las semanas reunía algunos francos, que llevaba á las pobres niñas del Asilo. Después de haber pasado toda mi vida viviendo de la caridad pública, practicaba á mi vez la limosna, yo daba también, y al pensar en ello, daba gusto á mi vanidad y me engrandecía á mi misma.

¡Dá á cumplir los quince años y vultumbra ya el término de mi aprendizaje, cuando un hermoso día del mes de Marzo, mientras arreglaba no sé qué cosas de la casa, vi que llegaba al taller una de las demandadoras del Asilo.

bido la escalera. Apenas si pudo decirme: —Corra usted; venga en seguida que la está esperando!

—¿Dónde? ¿Quién?—

—¡Vámon